

ción del palacio se resume en el lujo y la de Alcira en la idea de la voluptuosidad y el abandono; de aquí se nos conduce al tema del tedio, de la insatisfacción por el choque entre la hartura y el cansancio espiritual. El asalto concluye en huida por la piedad de Adán, que en su fuga llega a un prostíbulo. En 'antitesis', la descripción audio-visual de la orgía desenfadada (vs. 5493-5522) sucede al tema macabro: dos hachas de cera, un fúnebre ataúd, una joven sin vida. Por primera vez en la literatura española se capta el sentimiento moderno de la muerte: el cadáver es una cosa que no pertenece a nadie. Por eso a su alrededor se desarrolla la báquica escena de mujercuelas y borrachos. Espronceda quiere penetrar en el misterio de la coexistencia contra Dios por este dolor de la humanidad.

*El Dios ese que habita
Omnipotente en la región del cielo
Quién es?...*

(vs. 5672-74)

En estos últimos cuatro cantos, el Romanticismo ha descubierto al Mundo (cuya esencia es el misterio) y a la Mujer (cuya esencia son los sueños, la ambición), que convergen en el Hombre crucificado por sus terribles fuerzas. Los triángulos a formar serán ineluctables: mundo-hombre-misterio o mujer-hombre-sueños. El romántico no tiene salida; y nacerá su desesperanza, su ironía, y por fin, la liberación del suicidio.

Valiosa la contribución de Casaldueiro. Su análisis es fino y a la vez de profundidad filosófica. *Esta actitud* y también su afán de perseguir los detalles hasta lo último, quizá haya dado una densidad tediosa al trabajo que dificulta la validez de sus afirmaciones más allá de los límites de cada Canto. Asimismo, en el ardor por la defensa de sus puntos de vista, no se libra de caer en sutilezas; tal su afirmación de que el cura del Canto V no es sucio o desaseado, afirmación cuyo mayor motivo parece ser el demostrar que el calificativo de Moreno Villa —"simplemente marrano"— es inexacto.

José Miguel Oviedo.

ESTEBAN PUJALS, *Espronceda y Lord Byron*, Madrid, 1951, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 510 pp.

El problema del byronismo de Espronceda ha sido, por largos años, un tema interesante y discutido, tal vez desde el momento en que Antonio Ferrer del Río, en 1846, manifestó en su biografía del poeta español, que éste se propuso por modelo al lord inglés. Posiblemente la opinión que proporcionó más amparo a los byronistas fué la de Churchman, en su famoso estudio de la *Revue Hispanique*, porque a partir de entonces la teoría de la imitación se hizo casi tradicional y se empezó a hablar de "Espronceda, el Byron español"; fórmula feliz que se repitió y llegó a introducirse en algunos trabajos que pretendían seriedad.

Cierto es que el auge de la teoría ya ha pasado. Se ve ahora muy claro que el llamado byronismo en la obra de Espronceda, se rinde necesariamente frente a una decisiva mayoría de obras ajena a toda influencia, independiente y española. Hay que reconocer el valioso aporte de Goeffrey que quizá fué el primero en desterrar —al hablar de este asunto— la palabra "imitación" en beneficio de "inspiración", que sí expresa algo cierto e innegable. Otros, como César Barja, Moreno Villa y, si se quiere, Peers, han ido deslindando influencias, modelos y preferencias, hasta que ha quedado poco menos que decretada la solución de la polémica. Poner punto final a ella, es el propósito de Pujals en la presente obra, que mereció el Premio "Menéndez Pelayo" de 1949.

Pujals afirma decidida y reiteradamente la independencia literaria de Espronceda respecto de Byron. Sin embargo, no niega que "tuviese un espíritu un tanto semejante a Byron y que, en cuanto a rebeldía, ideas y creencias sus obras señalan una tendencia común: es el aliento que animaba a la generación romántica, de la cual eran hijos y típicos representantes; pero no hay más que esto... El sentir, el pensar y el actuar de Espronceda no están supeditados de manera alguna a la personalidad de Byron" (p. 487). Pero antecede a estas afirmaciones un vasto, documentado y, sobre todo, ordenado estudio de los dos poetas. Su tono —se advierte de inmediato— no es polémico; es más bien una serena visión del panorama general del Romanticismo español e inglés a través de sus dos más afortunados representantes, y que pone al servicio del estudioso un gran acopio de utilísimo material.

Comienza a establecer su posición declarando que no hay testimonio de la admiración de Espronceda por el poeta inglés durante la estancia del primero en Inglaterra, y que, a pesar del ambiente favorable para que lo tomase como modelo, no existe tampoco evidencia de que así se lo propusiese ni menos de que lo realizara. Luego de trazar las minuciosas biografías de los poetas y de hacer la relación crítica de cada una de sus obras en verso y prosa, el autor pasa a sintetizar el "Estado de la cuestión" (p. 205), en donde aporta un dato concluyente contra las afirmaciones de Churchman; Espronceda no pudo tener jamás un conocimiento adecuado de las obras de Byron porque, como se desprende del estudio de las traducciones españolas del poeta británico, sólo al declinar el Romanticismo empezaron a aparecer las versiones auténticas. Data de 1841 la primera traducción española correcta de una obra suya (*Parisina*, hecha por H. de Vedia) y ya en 1835, Espronceda se había definido y producía una poesía original.

Tampoco las actitudes vitales son parecidas porque la comparación de sus biografías nos revela que tuvieron escasas analogías y que, por el contrario, fueron muy diferentes. Así, mientras Espronceda estuvo siempre llamado por la realidad de su época y gustó de la política, Byron fué un displicente de vida vagabunda, constantemente herido de soledad y spleen.

La educación y cultura resultan también divergentes, no tanto por la diferencia de los centros en que estudiaron (en Cambridge, Byron; en el pintoresco colegio de la calle Valverde, Espronceda) sino por su temperamento y disposición mental. Byron fué un muchacho melancólico que leía a los clásicos y que, como quien no quiere la cosa, los traducía, Espronceda, en cambio, introdujo en los estudios juveniles conspiraciones políticas y chascos al vecindario.

Entonces, ¿a qué se debe la confusión y por qué se acuñó para Espronceda el calificativo de "imitador" del inglés? Pujals deja vislumbrar que acaso la leyenda que los envolvió identificándolos, sea la que hizo que sus caracteres personales y sus aptitudes artísticas opuestas fuesen olvidadas o pasasen a un segundo

plano. Con el tiempo la leyenda alcanzó generalidad; y como habían nacido a 20 años de distancia (a favor de Byron), se creyó también que Espronceda no había hecho otra cosa que seguir los pasos e imitar servilmente al poeta aventurero. Se exageraron los puntos de contacto de sus respectivos personajes (Félix de Montemar, Harold) y se habló entonces de byronismo en todas las obras del español. "El movimiento romántico —dice— alternó muchas de las apreciaciones establecidas en el siglo XVIII, y Byron y Espronceda, como personajes símbolos del mismo, se lanzaron al mundo con el dudoso antifaz de sus héroes imaginarios, tras los que ocultaron a menudo los rasgos de su verdadera fisonomía... Byron y Espronceda interpretaron fielmente los anhelos de la nueva generación, sintieron intensamente el valor literario de esta actitud vital, y los tipos por ellos creados sugestionaron al mundo romántico" (p. 217).

Sólo así se explica la conocida respuesta del conde Toreno, todavía en vida del poeta, a la pregunta de si había leído a Espronceda: "No, pero he leído a Byron". Esta leyenda fué recogida con entusiasmo por los hispanistas ingleses que la hicieron llegar a nosotros.

Pero el asunto, a la luz de una interpretación serena, es muy distinto. El autor hace un largo y concienzudo análisis del mundo sentimental de ambos poetas (p. 239) cuyos resultados no pueden ser más desalentadores para los byronistas: no hay casi nada que los aproxime; cada uno tiene concepciones perfectamente personales y las pocas similitudes son sólo anecdóticas. En la forma de tratar los temas —que es donde se distinguen los autores y sus obras— no es razonable admitir plagio. Espronceda supera fácilmente a Byron en los sentimientos de "Patria" y "Amor", y éste destaca más largamente todavía en los de "Familia", "Amistad", "Recuerdo del pasado" y sobre todo, en el de la "Naturaleza". Mientras en Byron este sentimiento es fortísimo, constante y muy bien trazado, en Espronceda es pobre y escaso. Lo cual no debe extrañarnos porque es bien sabido que el romanticismo español no será recordado precisamente por la captación del paisaje. Son poetas de vida afectiva intensa, pero se observa también que el amor tiene una muy opuesta valoración. La postura byroniana es pesimista, escéptica en un primer momento y luego se bifurca en dos corrientes: la del humorismo realista (*Beppo*, *Don Juan*) y la del amor tranquilo y delicado que le inspira la condesa Guiccioli. Pero todo esto es puro recurso de evasión, de amante desafortunado. El amor en Espronceda es más sentimental y humano (*La Canto a Teresa*); respeta al amor puro y a la mujer y llega a una concepción poética de ambos, a un idealismo romántico que será la causa de su tono desesperado:

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! ¡Lágrimas mías...

.....
 Por qué, por qué como en mejores días
 No consoláis vosotras mis pesares?

Y aunque el arte de Byron no sea despreciable "...la intensa humanidad que habían (*sic.*) las páginas de Espronceda no la hallamos jamás en el poeta británico" (p. 274).

En cuanto a "Ideas" ambos se nutren de las mismas fuentes: la Enciclopedia y la Revolución Francesa; así se entiende su irrespetuosidad, escepticismo y su fama de librepensadores. No hay, pues, subordinación alguna entre ellos en este aspecto.

como algunos querrian suponer. De ninguno debe esperarse —como románticos que son— algún sistema filosófico coherente; son esencialmente poetas, relativistas, subjetivos. Y aunque se identifican por la indiferencia y el pesimismo en que cayeron por falta de los asideros normales de la religión y de la fe, hay que puntualizar substanciales diferencias: Byron, en la época del *Don Juan* es ya un misántropo que ha aprendido a sonreír y que disimula en la ironía y en la sátira su duda filosófica. Espronceda no supera jamás su dolor ni lo diluye en humorismo; como en el caso del amor, su dolor es más humano, más natural que el de Byron —teológico y especulativo de su propia duda—.

Su moral se distinguió siempre por negativa. Pero sus actividades individuales frente a la ortodoxia, son independientes. Si Byron la desprecia sin hacer mayor caso de ella, Espronceda se vuelve "atacante y corrosivo". Esto se explica por la seducción que ejerció sobre él las posibilidades artísticas de su atrevido personaje de *El Estudiante de Salamanca*. Lo paradójico es que la desenvoltura del inglés, en la vida práctica, fué mucho mayor que la del poeta español. Casi las mismas diferencias pueden hallarse al tratar de sus creencias religiosas.

En lo que se refiere a sus conceptos sobre "Sociedad" y "Política" —siempre dentro del plano ideológico— tampoco se advierten muchas coincidencias. Ambos desprecian y acusan a la sociedad y ambos son liberales, pero mientras Espronceda, en realidad, siente horror a la soledad, grita contra la indiferencia y el egoísmo humanos y tiene una actividad política del partido, Byron se ríe de la hipocresía social, hace mofa de las viejas costumbres inglesas y se rebela contra los gobiernos autoritarios de cualquier país, simpatizando con los pueblos oprimidos (Grecia) sin perder su independencia de criterio.

En el campo en que sí andan muy cerca es en el de su concepción de la vida, ya que no en el aspecto real como hemos visto. Los dos "consideran que la vida es una engañosa ilusión; con romántica exigencia requieren de ella más de lo que puede ofrecer, y al darse cuenta del error se desesperan... Su endeble formación religiosa no les permite encontrar el verdadero sentido de la vida" (p. 370-71).

Un punto importantísimo es el de la "La sátira y el humor" que Pujals estudia detenidamente. En Byron —afirma este es "un aspecto insoslayable y permanente de su temperamento" (p. 397). Allí queda ese monumento a la sátira el *Don Juan*, su obra más característica y posiblemente su mayor mérito literario. Espronceda no tiene tanta predisposición satírica y al principio se desvía por la jocosidad directa. La sátira esproncediana sólo brillará, tardíamente, en *El Diablo Mundo*. Pero la suya, es diferente a la del bardo inglés; "... la sátira está en ambos: en *El Diablo*, enérgica y acalorada; en el *Don Juan*, amplia y desembarazada, sin intención revolucionaria ni interés efectivo. Los dos poemas lo critican todo, o poco menos; Espronceda, ordinariamente irritado y molesto; lord Byron, comprensivo y ricueño" (p. 398). Además, Byron se inclina por la sátira individual y Espronceda por la social. Así pues, "no es prudente considerar de filiación byroniana los orígenes de la sátira de Espronceda... Los ejemplos más anticipados de esta predisposición (son) de entronque picaresco unos y de ascendencia donjuanesca otros: todos característicamente españoles" (p. 421).

En cuanto a las "Disposiciones de ánimo", el autor sólo encuentra que la "Rebeldía" es un tema que los aproxima apreciablemente. Ambos se oponen a todo sistema social, político, moral; luchan contra las concepciones tradicionales de vida, del mundo y de la religión. Pero se anota que "sin embargo, a pesar de esta semejanza general de principio no existen entre ellos puntos concretos de coinciden-

cia literaria" (p. 434). Byron es más hondo y filosófico y Espronceda, español, prefiere el grito áspero y cortante.

El siempre difícil terreno de las comparaciones indica que sus logros artísticos se plasmaron en campos distintos. El juicio valorativo de Pujals se resume poniendo de relieve "la fecundidad creadora, la profundidad de pensamiento y la felicísima capacidad narrativa de Byron, así como las superiores dotes de lirismo e inspiración poética de Espronceda" (p. 441). En efecto; la poesía del poeta español está más cerca de nuestro sentir actual y supera, en general, a la de Byron. Pero la épica, los poemas narrativos y los dramas de éste, aventajan a todo lo hecho por aquél, aunque como obra de arte, como ejemplo de belleza y ejecución, *El Estudiante de Salamanca* alcanza niveles superiores a los de sus compañeros de género *Cain* o *Manfred*.

Dentro de los "Caracteres literarios" seguramente lo que más interesa es el estudio estilístico de los poetas. El autor reconoce que el juicio es difícil en un caso como el presente en que "no es improbable dejarse atraer por la superior conductibilidad de las imágenes e ideas a través de una lengua extranjera por familiar que sea" (p. 452). Espronceda brinda un estilo más trabajado, que explota las condiciones acústicas del verso (músicalidad); Byron, más anárquico y apresurado, no pule su expresión ni selecciona las palabras. La "maestría métrica" de Espronceda es muy elogiada y se revisan sus influencias sobre la poesía iberoamericana actual (p. 458). El análisis de las imágenes poéticas, los metros y el léxico favorece esta impresión de mejor calidad estética en las obras del español.

Un capítulo que no podía faltar para desechar la teoría de la imitación es el que se ocupa de los presuntos plagios de Espronceda, en el cual el autor escoge precisamente los textos que sirvieron a Churchman como pruebas de su tesis. Su simple confrontación (aún en el famoso caso de *La Canción del Pirata* y *The Corsair*) revela que el apresuramiento del hispanista británico lo llevó a extremos inaceptables. "Puestos en un plan de absurda obstinación, ni Cervantes ni Shakespeare conseguirían salvarse" (p. 486).

Una breve "Conclusión" sintetiza en definitiva la actitud de Pujals frente a la vieja polémica: no existe imitación porque la obra de Espronceda es "originalísima", sumamente personal y no pocas veces superior a la de Byron. Para llegar a este convencimiento se ha recorrido un largo camino que seguramente significa el primer esfuerzo serio que se haya hecho para lograr una visión completa que abarque vida y obras, épocas y ambientes, de los dos poetas románticos.

José Miguel Oviedo

AMADO ALONSO, *Estudios Lingüísticos. Temas Hispanoamericanos*. Madrid, Editorial Gredos, 1954. (Biblioteca Románica Hispánica). 446 p.

Mucho debemos los que hablamos español en América a Don Amado Alonso. Maestro indiscutible de la escuela lingüística española, no se limitó a volcar su ciencia y su entusiasmo en los estudios de lingüística general, de estilística, de filología hispánica. La editorial Gredos, tan útil a las ciencias del lenguaje, nos había ofre-